



EL ROUND DEL SIGLO XX: LA CAÍDA DEL SOCIALISMO

JORGE MOLINERO (*)

1.- Introducción

Ha pasado más de un cuarto de siglo desde la desaparición de la Unión Soviética y el campo socialista. Hay infinidad de escritos sobre este tema de autores que defienden el capitalismo, pero no hemos encontrado explicaciones – dentro del materialismo histórico - que nos convenzan sobre el conjunto de causas que llevaron a tal desenlace. Algunos pensadores marxistas lo atribuyen a las deformaciones burocráticas de la Unión Soviética (en especial la vertiente trotskista), otros a rasgos de la personalidad de Stalin. Una “deformación burocrática” o una personalidad especial son aspectos muy importantes pero superestructurales, y hubiesen podido explicar una “desviación”, pero al repetirse con infinitas variantes en las demás realidades de poder socialista terminan por no explicar los elementos estructurales que determinaron esa necesaria deriva.

El método del materialismo histórico sigue siendo válido para la comprensión de los procesos históricos y la acción política. Con esas herramientas se puede analizar y comprender la evolución del socialismo real en el Siglo XX. Si bien sin ellas no se puede, con ellas solas no alcanza. Intentaremos un análisis histórico, qué ocurrió en la dinámica real de la lucha de clases europea al margen de lo que hubiésemos deseado. *No hay nada más pernicioso - tanto para la comprensión como para la acción política - que las ilusiones o “wishful-thinking” (el pensamiento-deseo), tanto como no hay nada*

más amoral y paralizante que hacer análisis muy detallados pero sin valores firmes por los cuales luchar al margen de las vicisitudes de la historia.

Hoy sólo quedan como países socialistas (con la mayoría de los bienes de producción en manos del Estado) Cuba y Corea del Norte. La Unión Soviética y Europa Oriental han pasado a principios de los noventa del siglo pasado al capitalismo en forma salvaje, mientras que China y los países de Indochina (Laos, Vietnam y Camboya) están haciendo un proceso de cambio gradual encontrándose en distintas etapas de Capitalismo de Estado con crecimiento del sector privado. En los hechos, el campo socialista desapareció.

En el análisis de las causas o razones hemos encontrado tres tipos o planos diferentes:

Las originarias, ligadas a las diferencias entre las previsiones de Marx y Engels sobre la evolución del capitalismo y los acontecimientos reales (salario de subsistencia, naturaleza revolucionaria de la clase obrera europea).

Las intermedias ligadas a las adaptaciones a la realidad de aislamiento, hostigamiento y atraso con que se encontró la Unión Soviética primero y el campo socialista más tarde.

Las consecuencias políticas de esta etapa fueron devastadoras para el proyecto socialista.

Las finales están ligadas a dos vertientes diferentes y convergentes: la primera es la extraordinaria presión militar de Estados Unidos sobre la Unión Soviética, que para mantener una cierta paridad militar en la etapa de la Guerra Fría hizo padecer a su población de privaciones por la parte importante del producto bruto dedicado a la industria pesada y la defensa. La segunda está relacionada con la ausencia, en el socialismo, de los mecanismos de mercados y precios como orientadores de la actividad económica, tanto en bienes como en salarios, lo que se demostró crítico cuando el país sobrepasó la etapa inicial de industrialización y la complejidad de los bienes y servicios necesarios no se podían obtener con la simple aplicación del plan, aunque éste estuviese apoyado por un sistema de matriz de insumo-producto cada vez más sofisticada.

La división es en cierto modo arbitraria, ya que se mezclan en forma permanente, pero su división ayuda a la comprensión, digamos el momento analítico, aunque la acción de todas ellas se debe entender en forma combinada.

Si bien analizamos básicamente la evolución de la Unión Soviética, el hecho que todos los países socialistas hayan adoptado patrones similares en lo económico y en lo político hace pensar que hubo una *necesidad* de esos pasos, y que no estuvieron determinados por las personalidades políticas de sus líderes, tan distintos como Stalin o Fidel Castro.

2.- Las causas originarias

Marx y Engels habían desarrollado a mediados del siglo XIX su método de análisis de la realidad social, el materialismo histórico¹. Cuando Marx comienza sus trabajos, antes de 1850, el único país con características capitalistas desarrolladas era Inglaterra. Cuando muere Engels, casi a finales del siglo XIX ya estaban en estadio muy avanzado un puñado de países europeos occidentales y los Estados Unidos. Las conclusiones que

¹ La síntesis del pensamiento maduro de Marx se puede resumir en un par de carillas que forman parte del Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política, escrito por Marx en enero de 1859 (aquellos que comienzan con “*El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así:*”), varios años después del Manifiesto Comunista (1848) y algunos años antes de que viera la luz el Tomo I de El Capital (1867). Esos párrafos del Prólogo, que recomendamos leer o releer al lector, son la definición más apretada del método materialista histórico de Marx: el análisis del desarrollo de las contradicciones de clase a lo largo de las distintas formaciones sociales, sus resoluciones y la aparición de nuevas contradicciones a través de la historia. No es el método cada una de las afirmaciones que Marx o Engels hicieron sobre la sociedad capitalista, o su evolución futura. Este concepto está muy bien resumido por Georg Lukács en las primeras páginas de “Qué es el marxismo ortodoxo” (en Historia y Conciencia de Clase, 1922): “*Así marxismo ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni “fe” en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura “sagrada”. En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al método*”. Lamentablemente, el marxismo oficial estuvo permeado por el apego a la letra escrita como si fuesen palabras divinas, en una religión atea que contribuyó a la fosilización del pensamiento materialista histórico y a errores políticos mayúsculos.

fueron obteniendo se plasmaron en una multitud de trabajos que van desde la proclama que llama a la acción como el Manifiesto Comunista de 1848² a la obra monumental que es El Capital (tomo I en 1867), pasando por cientos de obras (libros, artículos, cartas) de distinto calibre y extensión.

Hay en el análisis de Marx y Engels varias predicciones que no se cumplieron, entre ellas que el socialismo se daría en los países más avanzados y que el salario se mantendría en el nivel de subsistencia ya que era el costo de mantener vivo al obrero y su prole. Este último tema fue retomado por Rosa Luxemburgo en “La acumulación del capital” (1912).

La previsión de Marx era que la revolución social sería hecha por los proletarios de los países industriales, en su conjunto, no en un solo país. Era la idea que campeaba en la solidaridad de todos obreros europeos que dieron origen a la Internacional Socialista, tanto la Primera de breve vida como la Segunda Internacional, que marcó políticamente a Europa en el siglo XIX y principios del XX. Las vertientes más revolucionarias fueron retomadas por la Tercera Internacional (Comunista, fundada en los inicios de la Unión Soviética junto a los recientemente creados partidos comunistas en todo el mundo). La

² En el Manifiesto, se definen las características del régimen capitalista que recién se estaba desplegando y se fija la política de los comunistas para derrotarlo e imponer el socialismo, definido como la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Los párrafos que aluden a la misión del proletariado se pueden sintetizar en los siguientes: *“Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios” “De todas las clases que hoy enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar” “Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo que ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!”*

Cuarta Internacional, trotskista, tuvo mucho menos predicamento, y trató de mantener los postulados originarios de la época en que se suponía inminente el advenimiento de la revolución socialista en los principales países de Europa Occidental y Central. Esa revolución europea acabaría con el capitalismo en el centro del sistema, el conjunto de los nuevos países socialistas “exportarían” el socialismo al resto del mundo precapitalista, “casi por telegrama” como se creía en aquellos años, tema que no fue muy desarrollado por los fundadores. Tampoco hubo muchas precisiones sobre qué características tendría el socialismo en concreto, fuera de algunas indicaciones de tipo general, que en toda la obra de Marx y Engels no suman muchos párrafos.

La confianza en que ello sería así en Europa devenía de un punto en el análisis del capitalismo que no se cumplió: la clase obrera no siguió teniendo los mismos salarios reales de subsistencia (valor de las mercancías necesarias para la reproducción de la misma fuerza de trabajo). En forma muy lenta durante la vida de Marx, las condiciones de la clase trabajadora inglesa comenzaban a cambiar, la cantidad de horas trabajadas comenzaba a bajar, determinadas actividades en donde la maquinización había avanzado mucho permitió una diferenciación salarial que dio origen a una capa más capacitada y mejor remunerada, la llamada aristocracia obrera, y no menos importante, el conjunto de los obreros ingleses, aun llevando a cabo una lucha de clases a brazo partido contra sus patrones para arrancarles cada una de las conquistas, tenían una conciencia, cada vez más fuerte, que formaban parte del Imperio Británico y que se beneficiaban, en forma directa o indirecta, de las políticas de libre cambio que la productividad industrial y la armada británica habían impuesto al mundo. En Gran Bretaña el socialismo revolucionario nunca fue importante en la clase trabajadora. En su lugar se formó un movimiento sindicalista muy poderoso que dio origen al Partido Laborista, de fuerte contenido reformista y decididamente no revolucionario. En su continuidad transatlántica, el desarrollo capitalista de los Estados Unidos también se hizo sin un movimiento socialista revolucionario de importancia, y en este último país, lleno de recursos naturales inexplorados y donde faltaban brazos para hacer crecer todas las actividades económicas entre ellas la pujante industria, los salarios eran más elevados que en Europa, y uno de los principales motivos de los grandes flujos migratorios al nuevo país.

El socialismo marxista se hizo fuerte en el continente, en Alemania, en Francia, Italia, Austria, Checoslovaquia, Polonia y a partir del inicio del siglo XX en Rusia. Alemania,

luego de la unificación política de 1870 pasó a ser el país más importante del continente, donde la industria creció a pasos acelerados con una gran concentración muy importante desde sus inicios. Allí los salarios acercándose al fin del siglo XIX comenzaban a crecer. El movimiento sindical, dominado por el partido Socialdemócrata en que participaron Marx y Engels, lograba mediante su acción reivindicativa tanto aumentos de salarios como cambio de las condiciones de vida de los trabajadores. Alemania fue el primer país en legislar, para una minoría al inicio, el sistema de jubilaciones que hoy se ha difundido en la mayoría de los países.

Hay confusión dentro del marxismo en el tema de salario de subsistencia porque el mismo Marx había indicado que éste expresaba un “mínimo” en las condiciones sociales concretas de determinada formación social, un mínimo relativo, no absoluto. El crecimiento del salario real a lo largo de los años termina por configurar un mínimo socialmente aceptable pero no un mínimo de subsistencia, del cual se van alejando las clases trabajadoras en función del crecimiento de la productividad industrial y su lucha reivindicativa. Lo que importa – para la existencia del capitalismo – es esa variación real, no la consideración de mínimo socialmente aceptable para cada etapa del desarrollo de determinada sociedad. Un salario real creciente aleja el estallido del capitalismo que se base sólo en la falta de realización de la plusvalía por imposibilidades de venta de su incrementada producción.

Esos cambios en los salarios reales, imperceptibles quizá para Marx, no tanto para Engels que lo sobrevivió varios años, produciría un cambio en la mentalidad de los obreros industriales alemanes (y del resto de Europa). En la época de Marx los trabajadores asalariados estaban formados casi exclusivamente por los obreros industriales, y decir proletariado o asalariado era casi sinónimo de obrero industrial. En Alemania la población obrera industrial llegó a formar cerca del 50 % de toda la fuerza laboral. Las condiciones de concentración y el grado de explotación de los primeros años son los que dieron a Marx y Engels la certeza que esa era la clase revolucionaria que acabaría con el capitalismo. La clase obrera, argumentaron, con sus contradicciones insalvables con el capital -dado que la plusvalía provenía en forma directa de la explotación de la fuerza de trabajo- era la que *no tenía para perder más que sus cadenas y un mundo por ganar* con la eliminación del capitalismo y el advenimiento del socialismo.

Esta mejora en las condiciones objetivas de la clase obrera de los principales países capitalistas, aunque lenta y con avances logrados con luchas y retrocesos momentáneos, fue cambiando la conciencia de los obreros industriales que imperceptiblemente se fueron alejando de las concepciones revolucionarias de Marx y Engels en el Partido Social Demócrata Alemán. Este partido, aunque en lo formal y reverencial se autodenominase marxista, en los hechos era reformista, tal como fue explicitado por el representante del ala derecha del partido, Eduard Bernstein, decidido antimarxista.

Si los salarios superaban el nivel de subsistencia y los obreros industriales se alejaban de la alternativa revolucionaria en los países centrales, todo desarrollo posterior de los movimientos revolucionarios y socialistas tendría que basarse en otra interpretación de la realidad y actuar en consecuencia, o la realidad se terminaría por imponer de alguna forma. Esta separación entre teoría y práctica es lo que quedó en claro a posteriori del estallido de la Revolución Rusa en 1917.

3.- Las causas intermedias

A partir de la revolución rusa se comienzan a desplegar las dificultades no previstas en la teoría de Marx con respecto a la evolución de las contradicciones entre el capital y el trabajo en Europa. Lenin creía firmemente que la revolución estallaría en “el eslabón más débil del capitalismo”, en sus confines del Este, la Rusia de los zares, para luego extenderse al resto de Europa. El estallido ocurrió en 1917. Los bolcheviques se hacen del poder en octubre al radicalizarse el proceso revolucionario que estalló en febrero, fruto de los indecibles sufrimientos de millones de ciudadanos, principalmente campesinos, devenidos soldados en la Primera Guerra Mundial. La participación del Imperio de los Zares en la misma provocó hambre en campos y ciudades, y millones de muertos y heridos en el frente por la ineptitud de los generales zaristas. Mientras tanto era ostentoso el consumo lujurioso de la clase dirigente, el zar y su corte, insensibles frente a los sufrimientos populares. La guerra civil que siguió a esta revolución concentró el poder primero en los partidos que habían apoyado otorgar todo el poder a los soviets, los bolcheviques, con apoyo en los obreros industriales de las ciudades, y la fracción eserista (Social Revolucionaria) de izquierda, con alto predicamento en los soldados/campesinos. La lucha despiadada de esos años llevó a un proceso de concentración cada vez mayor del poder, al tiempo que los obreros más preparados, los

militantes bolcheviques más arrojados, eran diezmados por la implacable guerra civil que siguió a la toma del poder. La revolución alemana que los bolcheviques esperaban fracasó por falta de organización de los espartaquistas, pero sobre todo porque la clase obrera alemana no era revolucionaria, a pesar de los indecibles sufrimientos de la guerra y las condiciones económicas durísimas a su finalización.

Sin la revolución socialista en Occidente, la revolución rusa quedó aislada, algo que no estaba previsto por sus propios líderes. El poder era - en los primeros años de ejércitos “blancos” contrarrevolucionarios y la intervención de ejércitos extranjeros - el poder militar del recién creado Ejército Rojo, cuya conducción fue encargada por el partido bolchevique a León Trotsky. Las condiciones excepcionales hicieron que el órgano de poder máximo, el politburó presidido por Lenin, en los momentos de máximo peligro de ser aniquilados, eliminase la democracia obrera dentro de sus propias organizaciones, en un paso pensado y aceptado por los comunistas como momentáneo para superar la crisis de sobrevivencia. Al principio la dictadura del proletariado eliminó la legalidad de todos los demás partidos, al tiempo que los eseristas de izquierda se suman al nuevo Partido Comunista que reemplaza el nombre del partido bolchevique. Luego eliminó la deliberación abierta dentro del PCUS, más adelante la eliminó dentro de los plenarios, se eliminaron las fracciones internas, previamente aceptadas como signo de vitalidad revolucionaria, y tras la muerte de Lenin en 1924 asciende al poder el secretario general nombrado por éste en 1922, Stalin. Éste, ante la desoladora situación de aislamiento de la revolución, desarrolló la idea del socialismo en un solo país, idea contraria a las previsiones de Marx y Engels, como así también de todo el bolchevismo previo, transformando la necesidad en virtud. Fue una de las principales diferencias con Trotsky, su crítico más feroz, quien fue radiado del poder, enviado al exilio y posteriormente asesinado en México en 1940 por Ramón Mercader, un sicario español enviado por Stalin.

La historia política de la Unión Soviética es conocida: la concentración del poder no se revirtió cuando la situación se normalizó, y Stalin apeló al terror para evitar cualquier tipo de disidencia, o más aun, terror aplicado a ciudadanos totalmente fieles al Partido Comunista y a su persona. Nadie se sentía seguro en la población en general y menos los miembros del Partido Comunista, en especial si ocupaban una posición en el comité central del partido o en su politburó: todos los integrantes originales de esos órganos de

conducción y muchos de los que los fueron reemplazando durante los treinta años de poder de Stalin fueron purgados (y la mayoría ejecutados).

Alguien podría decir que eran los rasgos de la personalidad enfermiza de Stalin lo que llevó a esa concentración de poder y arbitrariedad, terror y muerte, y es muy probable que los rasgos más repugnantes de esta etapa se deban a esa característica personal del Secretario General del PCUS. Pero si así fuese ello no puede explicar la similitud política de concentración de poder y ausencia de democracia obrera en todos los países que entraron en el camino del socialismo. En efecto, luego de la Segunda Guerra Mundial, por la acción del triunfante Ejército Soviético y los acuerdos de Yalta y Potsdam con las potencias occidentales, varios países de Europa Oriental pasan a la órbita socialista, con gobiernos dominados por los partidos comunistas. Fuera de Checoslovaquia y Yugoslavia, que contaban con poderosos partidos comunistas al final de la guerra, en los demás países sin la intervención del ejército soviético ese cambio político no hubiese sido posible.

Otros movimientos revolucionarios socialistas triunfaron por sus propias fuerzas, con o sin apoyo soviético, como la revolución coreana al expulsar a los japoneses en 1945, la china en 1949, la revolución cubana en 1959, y las revoluciones en Indochina, a mediados de los setenta en Laos, Camboya y Vietnam. La característica política de todos los gobiernos socialistas fue semejante: partido único, ausencia de sindicatos con conducción elegida libremente por sus bases, ausencia de democracia dentro del mismo partido, concentración del poder en la cúpula. Es cierto que la mayoría de las experiencias al margen de Stalin ahorraron los momentos más repugnantes de ese período (no todas, recordar a Pol Pot y sus Khmer Rojos en Camboya, o los Ceausescu en Rumania), pero en todos los casos hubo *sustitucionismo*, suplantación de la clase obrera y sus organizaciones independientes por la voluntad política del Secretario General o del Comité Ejecutivo del partido, y en esto no hubo diferencia entre Cuba, Unión Soviética, China o cualquiera de los países que se considere. Ello es lo que nos mueve a pensar, en un ejercicio contrafactual de historia, que esos rasgos de sustitucionismo en la Unión Soviética se hubiesen dado igual si Lenin no hubiese muerto a los 54 años, o que a su muerte lo hubiese seguido Trotsky y no Stalin. De seguro nos habrían ahorrado las desviaciones más truculentas y sádicas de Stalin, pero no el rasgo común de todo país socialista, la concentración política y la ausencia de

democracia obrera o popular. El centralismo democrático dentro del PC se transformó muy rápidamente en un camino de una sola vía.

Si la ausencia de democracia obrera no se debe a la personalidad del líder, ¿a qué se debe?

4.- Causas finales: la presión militar y el sistema económico

La ausencia de democracia popular en los estados socialistas es el resultado *necesario e inevitable* de dos causas finales relacionadas: La primera es que fueron revoluciones aisladas del centro del sistema económico más desarrollado, cuyas clases obreras no eran revolucionarias, y cuyas clases dirigentes desarrollaron la hostilidad extrema para agotar sus fuerzas productivas. La segunda son las fallas del sistema económico de planificación, que nunca alcanzó a satisfacer las aspiraciones de las grandes masas de esos países. Ello fue la razón principal de la oposición interna, manifestada de mil formas, de las clases burguesas o sus restos, del sector campesino y de gran parte de la misma clase trabajadora.

La carrera armamentista fue muy importante en limitar las posibilidades de desarrollo del sistema soviético. En efecto, a fin de mantener una cierta paridad militar, básicamente nuclear (capacidad mutua de destrucción con misiles intercontinentales), la Unión Soviética gastaba en sus últimos años de existencia sumas muy cercanas a las que gastaba Estados Unidos, con un producto bruto varias veces superior. El gasto en la política de rearme consumía entre el 15 y el 17 % del Producto Bruto soviético, mientras que para EEUU representaba entre el 6 al 7 % del propio. Además, existía un alto costo de apoyo económico de la URSS a los países de Europa Oriental, Cuba, Angola, Nicaragua, Etiopía y el costo militar de la guerra de Afganistán³.

No se puede menospreciar este factor de presión que se hizo muy patente en los últimos años de la URSS, pero tampoco reducir la caída a ello. Es más, desde fines de la Segunda Guerra Mundial la economía soviética había venido creciendo a tasas muy

³ Josep Fontana. Por el bien del imperio. Cap. 13 (el fin del socialismo realmente existente)

importantes de su producto, con la característica que no era necesario mantener el mismo esfuerzo en el sector de defensa que fue necesario hasta el agotamiento en la guerra y ocupación nazi de partes importantes de su territorio. Para fines de los años cincuenta, la URSS avanzaba económicamente más rápido que los países europeos y que los Estados Unidos, obviamente acortando diferencias de desarrollo a pesar del punto de partida más atrasado. Ello le permitió a Nikita Krushev⁴ declarar que en pocos años la Unión Soviética superaría en producto bruto a los Estados Unidos, demostrando la superioridad del socialismo sobre el capitalismo en la esfera de la producción de bienes y servicios para la población, con el beneficio adicional que ello se conseguía sin patronos ni explotación de las masas. Los triunfos en la esfera espacial - el primer satélite, el Sputnik, el primer satélite transportando vida, la perrita Laika, el primer astronauta en ir y volver del espacio, Yuri Gagarín, y tantos otros éxitos – hicieron creer a Krushev⁵ que la estrategia de coexistencia pacífica con Estados Unidos le permitiría mantenerlo a raya por la paridad nuclear mientras la superioridad del sistema socialista de producción ofrecería a sus ciudadanos los niveles de bienestar de los principales países capitalistas y en pocos años los superaría. Esa superación económica sería el elemento capaz de convencer a las masas del mundo de la superioridad del sistema socialista y terminaría por producir el cambio político en todos los países, tanto del centro como de la periferia, hacia un futuro socialista de la humanidad. Esa superioridad económica dejaría atrás los “sinsabores” de la primera etapa de férrea dictadura de Stalin, que pasaría a la historia como *los inevitables dolores de un parto mayúsculo*, el parto de la sociedad sin clases ni explotación social. Fueron los últimos años del impulso revolucionario que se plasmó en el triunfo de la revolución socialista en Cuba (1959) y la península indochina (1974/1975).

⁴ Nikita Serguéievich Krushev (1894-1971) fue el dirigente máximo soviético entre 1955 y 1964. A nuestro entender fue el último secretario general del PC profundamente convencido de la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. Breznev, quien dirigió la URSS entre 1964 y 1983, fue un burócrata que defendía exclusivamente el status quo de esa capa dirigente y sólo recitaba un catecismo cada vez menos creíble para esa elite y para su pueblo.

⁵ Tan seguro estaba Krushev sobre la superioridad del socialismo que lo llevó a afirmar: *"Les guste o no, la historia está de nuestra parte. Os enterraremos"* (discurso frente a varios embajadores occidentales durante un recepción brindada en la embajada polaca en Moscú, el 18 de noviembre de 1956)

Sin embargo, el crecimiento económico se fue haciendo cada vez más lento, hasta casi a la parálisis a mediados de los años ochenta, cuando llega al poder Mihail Gorbachov ⁶.

⁶ Este proceso de frenado está muy bien descrito en el libro “Perestroika”, escrito por Mikhail Gorbachev en 1987, cuando era el Secretario General del PCUS y máximo dirigente soviético. Dado que el libro no ha tenido prácticamente difusión en nuestro país resumiremos algunos de sus principales conceptos:

“En un momento dado- como empezó a advertirse con toda claridad en la segunda mitad de los setenta – ocurrió una cosa que a primera vista parecía inexplicable. El país estaba perdiendo su impulso. Los fracasos económicos se hacían cada vez más frecuentes. Las dificultades se acumulaban y se agravaban, y los problemas sin resolver se multiplicaban. Ciertos elementos de lo que llamamos “estancamiento” y de otros fenómenos ajenos al socialismo empezaron a aparecer en la vida de nuestra sociedad. Se había creado una especie de “mecanismo de frenado” que actuaba sobre el desarrollo social y económico. Y todo esto ocurría en un momento en que la revolución científica y tecnológica estaba abriendo nuevas perspectivas de progreso económico y social.”

“El esfuerzo hacia la producción bruta, particularmente en la industria pesada, se había convertido en una tarea de “máxima prioridad”, en un fin en sí mismo. Igual sucedía con la acumulación de capital. Pues buena parte de la riqueza del país se había convertido en capital inactivo. Había costosos proyectos que jamás llegaban a cumplir las más altas normas científicas y tecnológicas. El obrero o la empresa que más esfuerzos, dinero o materiales gastaba era considerado el mejor. Es natural que el productor trate de “complacer” al consumidor, si se me permite expresarme así. Entre nosotros, por el contrario, el consumidor se hallaba por completo a merced del productor, y tenía que conformarse con aquello que este último quisiera entregarle. También esto era consecuencia del esfuerzo hacia la producción bruta”.

“La presentación de una realidad oficial “libre de problemas” tuvo unos efectos desastrosos: se creó un abismo entre las palabras y los hechos que fomentó la pasividad del pueblo y su incredulidad hacia las consignas que se proclamaban.”

“La asistencia sanitaria es gratuita, al igual que la educación. La gente está protegida contra las vicisitudes de la vida, y nos enorgullecemos de ello. Sin embargo, también

Un mecanismo de frenado, en tiempos de paz y sin las características más execrables del stalinismo, estaba ganando a la economía soviética. Si la ausencia de democracia obrera fue vivida con terror en la época de Stalin, y con temores cada vez más amenguados desde Krushev en adelante, el crecimiento económico de posguerra no encontró mecanismos de continuación en estos tiempos más calmos. Los planes quinquenales no se cumplían como antes, las metas no eran alcanzadas como en los años treinta, o los de la guerra o los primeros veinticinco años de posguerra. Las razones hay que bucearlas, además de la extraordinaria presión de la carrera armamentista, en el esquema económico ideado para suplantar al capitalismo, la estatización de todos los medios de producción, con énfasis en la industria pesada y la defensa, y la ausencia del sistema de precios como guía indicadora de la producción o señal de y a los consumidores. En breve síntesis la ausencia de mercado (o de la ley del valor en la terminología marxista), tanto de bienes e insumos, como laboral.

Los mecanismos de mercado son – al mismo tiempo e indisolublemente – geniales y diabólicos. Geniales en el sentido que no hay forma más automática de autorregulación de las actividades *en competencia* que el sistema de mercados guiados por las señales de los precios. Si hay que producir algo el precio es la mejor indicación de su posibilidad para una unidad productiva. Si logra producirlo por debajo de ese precio la diferencia será su ganancia. Si otro productor lo hace más barato tiene la posibilidad de cambiar la forma de producción, aplicando los últimos adelantos de la tecnología en esa rama, y reduciendo los costos se mantendrá en la zona de ganancias o perecerá en el intento. Contratará trabajadores por el salario más bajo que pueda, y ante cada aumento que éstos le arranquen o cambiará las condiciones de producción para reducir los costos (la revolución permanente en los medios de producción) o tendrá que retirarse del mercado. A su vez, los consumidores eligen los bienes en función de la relación prestación/precio o calidad/precio, premiando a quienes lo logren mejor y relegando a los que no lo logran. Como trabajadores, a su vez pondrán más empeño en aquellas tareas en que puedan obtener mejores salarios o premios, y cambiarán de trabajo en cuanto las

somos conscientes de que existen personas deshonestas que tratan de explotar esas ventajas del socialismo; conocen perfectamente sus derechos, pero no quieren oír hablar de sus deberes. Trabajan mal, se desentienden de sus responsabilidades, beben en exceso.”

posibilidades se le presenten cuando le ofrecen por sus esfuerzos mejores condiciones laborales. A su vez, el temor de ser echado del trabajo es la razón para esforzarse en su tarea.

Por el otro lado conocemos de memoria las características diabólicas del mercado: la explotación de la fuerza de trabajo hasta sus límites si esta no logra organizarse y arrancar concesiones a los capitalistas, la eliminación de la competencia por la concentración económica que va produciendo cada crisis periódica del capitalismo y/o los cambios en la tecnología, la desocupación y miseria que estas crisis producen.

El paso de la competencia perfecta al monopolio se acelera tras cada crisis, primero a nivel nacional y luego a nivel mundial. Esa concentración da lugar a dos fenómenos relacionados, el surgimiento del capital financiero que termina por imponerse sobre el capital industrial y las demás expresiones del capital, y la etapa del imperialismo a nivel político/militar como etapa superior y garantizadora para la burguesía de un puñado de países centrales de su dominio sobre el mundo. Esta etapa se fue consolidando desde el fin del siglo XIX. Ese imperialismo ligado al capital financiero – luego de una etapa que puso en entredicho su hegemonía entre el New Deal y fines de los años setenta - continúa siendo la característica de la actual etapa de dominación mundial, con la hegemonía de una superpotencia, Estados Unidos (imperio sin colonias formales pero sí de semi-colonias y países en distintos grados de dependencia). Estados Unidos está secundado por un conjunto de potencias menores en Europa y Japón, y le ha surgido un competidor, China, llamada a cambiar las relaciones de poder mundial en el Siglo XXI.⁷

El mecanismo de frenado que la ausencia de un sistema de precios produjo en la Unión Soviética está muy bien descrito por Mihail Gorbachov en su libro. Sólo quisiéramos resaltar por qué se frenó la economía en los años setenta y ochenta y no lo hizo antes, el último acto del drama del socialismo real.

En los años setenta la economía soviética era muchísimo más sofisticada que a la salida de la guerra, y su sociedad también lo era.

Cuadro 1.- Estructura Porcentual de Clases en Rusia / URSS

⁷ Jorge Molinero. “Capital Financiero y Potencias Emergentes”

	1913	1939	1959	1976
Obreros	14,6	33,5	49,5	61,2
Empleados	2,4	16,7	18,8	22,4
Granjeros colectivos		47,2	31,4	16,4
Campesinos	66,7	2,6	0,3	0
Burguesía, etc.	16,3			
Total	100	100	100	100

Cuadro 2.- Estructura Porcentual del Empleo en Rusia / URSS

	1913	1940	1965	1975
Agricultura	75	54	31	23
Industria y Construcción	9	23	36	38
Transporte y Comunicación	2	5	8	9
Comercio y Distribución	9	5	6	8
Salud, Educación y Cultura	1	6	14	16
Administración	4	3	2	2
Otros	4	4	3	4
Total	100	100	100	100

Fuente: Daniel Singer (1977). Debilidad y potencialidad de la disidencia en la URSS, incluido en “Poder y Oposición en las Sociedades Postrevolucionarias”

La estructura de la ocupación en 1975 era radicalmente diferente de la que había en 1913, evidenciando el cambio que produjo la industrialización a marchas forzadas que se llevó a cabo en la Unión Soviética. De todas maneras, el ratio Obreros/Empleados es mucho más alto que otros países en estadios de desarrollo semejantes y muy superior también al de los países desarrollados contemporáneos, donde ya era superior la cantidad de empleados sobre la de obreros. Las estadísticas soviéticas tienen un sesgo de culto al “obrerismo” por un lado y por el otro demuestran un menor grado de sofisticación en servicios al encontrado en Europa Occidental y Estados Unidos.

La economía poco sofisticada de la URSS de los años veinte a los cincuenta se podía manejar relativamente bien con los planes cuantitativos de los organismos de planificación (Gosplan). Todo estaba por hacer y la acumulación primitiva relativamente no era tan compleja: se extraía tanto excedente económico como fuese posible al campesinado (en una reducción fuerte del “ingreso mínimo socialmente aceptado”), organizado en forma de granjas estatales (sovjoses) o de cooperativas (koljoses) y esos excedentes (transferidos sin pago o con un valor muy bajo) se pasaban

al sector urbano de forma tal que se produjese una elevada tasa de inversión para desarrollar los sectores industriales, comenzando por los de bienes de producción, en especial defensa, y muy posteriormente de consumo ⁸. Para ello pudieron prescindir del sistema de precios, que era simplemente nominal, y las ganancias de una empresa eran remitidas al grupo de control, así como ese grupo transfería esas ganancias a unidades deficitarias si el objetivo era desarrollar ese sector en especial. La mano de obra no tenía muchas diferenciaciones salariales, ni había grandes premios, y en las etapas finales tampoco grandes castigos. La desocupación, elemento disciplinante de las clases obreras bajo el capitalismo, no existía, y si un trabajador poco aplicado era echado de una fábrica sería tomado obligatoriamente por otra. No existía desempleo voluntario.

El sistema funcionaba, a pesar de estas limitaciones y despilfarros de esfuerzos y materias primas como bien describe Gorbachov, ya que los objetivos planteaban metas cuantitativas y no cualitativas, (tantos millones de toneladas de granos, o cemento o hierro, tantas unidades de tractores, o casas o zapatos). Ante la ausencia de todo, la calidad y las diferenciaciones de producto quedaban de lado, las preferencias de los particulares también. Muy distinto es cuando un país entra en la etapa de la sofisticación tecnológica, y la revolución científico técnica de posguerra le plantea otros paradigmas: la planificación detallada no podía ser guía para la inventiva, los cambios combinados entre nuevas y cambiantes necesidades y nuevas y cambiantes formas de producir bienes y sobre todo servicios ⁹. Entre otras consecuencias nada determinaba que los avances logrados por la Unión Soviética en las esferas de producción para la defensa se pudiesen transferir a la esfera civil. No había incentivos en los administradores de bienes finales para incorporar los avances tecnológicos de la esfera militar, en los pocos

⁸ El excedente que da base a la acumulación socialista originaria en la URSS fue analizado exhaustivamente por Yevgueni (Eugenio) Alekséyevich Preobrazhenski en su obra “La Nueva Economía” (1926). El excedente extraído a los campesinos (80 % de la población) es el equivalente a la plusvalía extraída a los obreros industriales en Europa tal como fue analizado por Marx: ambos son la base de las inversiones necesarias para incrementar la producción y la productividad, sin la cual no hay avance social posible, al margen de la forma de su distribución. Preobrazhenski fue fusilado por Stalin años después, acusado de trotskista, pero sus propuestas fueron utilizadas para la acumulación originaria en la URSS a partir de la colectivización del campo en 1928.

⁹ No es que un sistema de planificación sea imposible. El ejemplo del capitalismo de estado en China es muy claro y exitoso, con una planificación de los elementos centrales, incluido un virtual monopolio de las actividades financieras, y un esquema indicativo de premios y castigos a la coreana de los años sesenta al ochenta, reglas válidas tanto para las empresas estatales como las privadas.

casos en que estas tecnologías les eran abiertas. La calidad del producto final no era un objetivo, ni el ahorro de materiales o de mano de obra en su elaboración, ni la tasa de ganancia. No había una guía que marcara el camino dentro de la sofisticación a que llegaban las sociedades más avanzadas, era algo que quedaba más allá del mejor Gosplan. Éste podía tener un ordenamiento para la producción bruta, pero no había elementos para la “sintonía fina”.

Estas razones son las que produjeron la desaceleración de la economía soviética cuando superó la difícil etapa de producir cantidades para resolver carencias absolutas. Además, este cuadro se venía agravando puesto que las primeras generaciones de obreros y empleados urbanos eran los campesinos emigrados del campo, con su atraso atávico, sus prejuicios y falta de formación, mientras que en los años setenta la mayoría de los trabajadores eran hijos de otros trabajadores urbanos, con más educación, más conciencia política a pesar de la ausencia de expresión de la misma, y con otras expectativas sobre la vida que no encajaban con los métodos elementales de la planificación cuantitativa y todas sus carencias.

La pregunta que muchos se hacen es por qué no se desarrolló un sistema de “mercados controlados” de precios como indicadores de la producción y de salarios, manteniendo el marco general de la propiedad social de los medios de producción. Tentativas hubo varias, desde los intentos del economista soviético Lieberman en los inicios de los sesenta, a muchas variantes practicadas a nivel de remuneración de los trabajadores o como reordenamiento de la actividad de las empresas.

Si esos intentos no prosperaron fue por un motivo político: era volver a introducir el capitalismo y el pensamiento burgués por la ventana, una vez que se lo había expulsado por la puerta principal de la revolución (o con la ayuda del ejército soviético).

Controlado o no, ese mecanismo de precios se probaría eficiente y lograría en su ampliación el éxito económico que obtendría China. Pero este país tuvo que abjurar del socialismo a la soviética, para desarrollar el “socialismo con características chinas” (que nosotros denominamos Capitalismo de Estado).

En la URSS el sistema de remuneración a los trabajadores apeló más a los incentivos morales que a los materiales, suponiendo que ello rendiría sus frutos porque los nuevos trabajadores educados en el socialismo debían ser un nuevo tipo de hombre, liberado de las formas de pensar pequeñoburguesas. De hecho, la conciencia política y el

sentimiento nacional hicieron milagros impensables en una relación puramente mercantil. Sin el esfuerzo hasta los límites no hubiesen prevalecido los bolcheviques en la guerra civil que siguió a la revolución, tanto de los obreros combatientes como de los que quedaron en las fábricas produciendo hasta el agotamiento de sus fuerzas para abastecer al frente y las necesidades básicas de la empobrecida sociedad civil. Esa entrega sin límites se volvió a repetir en la defensa del país contra la invasión nazi, esta vez más volcada a lo patriótico que a lo socialista. Más adelante los incentivos morales fueron determinantes en áreas sensibles como el esfuerzo del desarrollo de las armas nucleares que balancearan el poder norteamericano, como así también en la carrera espacial. En la ciencia y en la técnica, así como en la educación y la salud se lograron portentos con los esfuerzos de millones de trabajadores que pusieron los ideales por arriba de los magros salarios que percibían.

Pero la producción de todos los días se relaciona con objetivos más prosaicos, y nada tenía de heroico fabricar tornillos, vestimenta, limpiar alcantarillas, u ordenar archivos de papeles. Los trabajos de todos los días no funcionaban con los incentivos morales.

La introducción del sistema de precios en los mercados de productos, servicios y ámbito laboral hubiese sido el mosto para el desarrollo de una oposición política basada en el ejemplo de lo que se puede lograr con métodos capitalistas. La superación de las limitaciones del socialismo por esos métodos pondría en entredicho la misma existencia de la burocracia política que estaba actuando en nombre del proletariado y el pueblo en general. Desde el punto de vista de esa capa de conductores políticos y económicos a todo nivel, inclusive a nivel fabril, las experiencias de precios sólo podían servir para diluir su poder personal o de grupo, y por lo tanto se opusieron a su avance hasta que la economía llegó casi a una parálisis.

Un desarrollo militar en Estados Unidos, una vez encriptados sus elementos estratégicos para no poder ser utilizados por estados hostiles, pasaba a la utilización civil, con infinitas utilidades, desde la automatización de lavarropas hasta el sistema Internet.

En la URSS estos “derrames” de la tecnología militar a la civil no se dieron por dos causas. La primera es que el Estado era muy celoso de sus avances militares y pensaba que pasar ciertos avances a la producción civil pondría en evidencia ciertos logros que se preferían secretos. Pero lo más importante es que en el sector civil no había un mecanismo impulsor de los cambios. Si un avance tecnológico en el campo militar se

hubiese podido utilizar para producir lavarropas más eficientes, no había razón para realizarlo desde el punto de vista del plan. Solo el incentivo moral de mejorar lo que hacían podía hacer cambiar las cosas, y esa vena se fue diluyendo a medida que los objetivos de alto contenido moral quedaban atrás, cuando no parecía estar en juego ni el socialismo ni la defensa de la patria, ni objetivos propagandísticos que demostraran al mundo la superioridad del socialismo, como los logros espaciales.

El tema se hizo más patente cuando se entró en la etapa de la revolución informática y de las comunicaciones. La ausencia de computadoras, fuera del ámbito militar, era la norma en la URSS de esos años. El historiador Josep Fontana nos dice que la administración central de estadísticas no tenía ninguna para la época en que Gorbachev llegó al poder (1985). Las fotocopiadoras estaban prohibidas. El organismo de planificación pudo obtener metas cuantitativas mientras la sofisticación de sus profesionales se lo permitió, pero no pudo planificar la innovación en áreas sensibles de informática y comunicación, y su derrame a la economía civil, a pesar de contar con las bases, como en Estados Unidos, desarrolladas para el sistema de defensa. Ese flujo de ciencia básica y tecnología militar a la esfera de la producción civil de bienes y servicios se frenó seriamente en la URSS, y los avances se hacían más lentos por la ausencia de ese mecanismo al mismo tiempo diabólico y eficiente que son los mercados.

El final lo conocemos todos. A pesar de las buenas intenciones de Gorbachev, su perestroika y su glasnost no funcionaron. Fueron improvisaciones en materia política y un salto al vacío más absoluto en la esfera económica. La caída de la producción ante la desaparición de la planificación sin reemplazo ordenado fue caótica, tanto en los años de Gorbachev y más aún en los de Yeltsin, que procedió al desguace inmediato y sin anestesia del sistema socialista, dando lugar a una desenfadada lucha de los ex jerarcas del partido o de las empresas principales por adquirir su control como nuevos dueños, expropiando al conjunto de la población de su participación propietaria. El cambio intentado no vino como resultado de una revuelta o el descontento expresado en acciones políticas de los trabajadores. Vino de arriba, del mismísimo Secretario General del PCUS. Distinto fue el cambio en Polonia, donde el movimiento Solidarnosc, basado en los sindicatos de los astilleros de Gdansk, arrinconó al gobierno socialista. Con la ayuda del Papa polaco, terminaron imponiendo el capitalismo de la mano de su líder, el sindicalista Lech Wallesza, en otra ironía de la historia.

La figura de Gorbachev pasará a la historia como trágica. Alguien que quiso hacer un cambio importante para resolver un problema muy serio, pero en vez de solución trajo la disolución de lo antiguo sin fijar un marco ni etapas para alcanzar lo nuevo. En Gorbachev se cumplió el viejo adagio que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. En el caso de Yeltsin asistimos a uno de los peores momentos de un país que no se mereció el castigo impiadoso a que lo sometió ese ambicioso borracho, la peor escoria que pudo destilar la burocracia soviética.

Si bien aquí hemos seguido muy a vuelo de pájaro el proceso en la Unión Soviética, el mismo proceso se vivió en los países de Europa del Este. Otros caminos han sido los de la reforma china y en menor medida de Indochina, y el mantenerse en la variante más o menos ortodoxa en Corea del Norte y Cuba. Pero estos dos países difícilmente puedan fungir de campo socialista. A los efectos prácticos, el campo socialista desapareció.

5.- Reflexiones finales

La revolución estalla en un país periférico, no contemplado en las previsiones de Marx, pero suponiendo que las clases obreras revolucionarias de Europa seguirían esa primera revolución e implantarían el socialismo en los países centrales. Ello no ocurrió porque, aun con los increíbles sufrimientos de los trabajadores a la salida de la primera guerra, las clases obreras no llegaron a ser revolucionarias ya que se había hecho patente el crecimiento lento pero continuo de sus salarios reales, alejándose del nivel de subsistencia y la explotación brutal del inicio del capitalismo que los hubiese empujado a la revolución. Ese proceso de crecimiento de los salarios reales se dio primero en Gran Bretaña y Estados Unidos, los países de mayor productividad industrial, y se aceleró tras la finalización de la Segunda Guerra en Europa Occidental y Japón en la medida que estos países generalizaron los métodos de producción más avanzados (fordismo) y posteriormente entraron de lleno en la etapa de la informática y las comunicaciones.

El estallido revolucionario en Rusia estuvo condenado al aislamiento, y su atraso y sufrimientos se refuerzan porque en vez de venir en su ayuda el proletariado europeo sufre la agresión externa de todas las potencias imperialistas. Por otro lado, tiene la oposición interna de las capas burguesas remanentes, en forma creciente del campesinado y hasta de sectores de la nueva clase obrera, formada por campesinos emigrados a las ciudades. La forma de mantenerse en el poder fue el *sustitucionismo*. En

vez de la dictadura del proletariado, la dictadura del Partido del proletariado, actuando en su nombre y sus objetivos de clase, al margen de la voluntad concreta de esos trabajadores, y esa sustitución se hizo por medio de la negación de los derechos políticos y el padecimiento de carencias económicas.

Se logró, a marchas forzadas, la industrialización y la defensa nacional, lo que le hizo crecer aceleradamente y generar el formidable ejército y el armamento que le permitió, luego de increíbles sufrimientos y pérdidas humanas y de bienes, rechazar la invasión nazi y llegar a ser, a nivel mundial, protagonista del sistema bipolar que emergió a la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, ese crecimiento fue frenándose en los setenta hasta la parálisis a mediados de los ochenta, y las razones hay que buscarlas en la doble presión militar externa y la economía sin un sistema de precios que asigne más racionalmente bienes y servicios.

Mientras las clases trabajadoras de la Unión Soviética y Europa Oriental veían como se frenaba el impulso de posguerra en sus países, en Europa Occidental los trabajadores habían logrado muchas concesiones de sus clases dirigentes, el aumento de los salarios reales a medida que crecía la productividad industrial, obras sociales, vacaciones, salud, crédito para consumo y vivienda, etc. No fueron concesiones graciosas de las clases dirigentes europeas. Fue el cálculo de sus defensores más lúcidos para desarmar la espoleta de la revolución socialista en Europa ante la realidad de destrucción, muerte y miseria con que se encontraron sus pueblos al finalizar la guerra, una demostración de la capacidad de adaptación del capitalismo frente a cambios de cualquier magnitud y carácter. Del lado de los países socialistas, ante un sistema que se estancaba y que no brindaba mejores bienes y servicios, sus trabajadores miraban con envidia los resultados económicos del “odiado” capitalismo del Oeste. El estado de bienestar fue el costo económico que pagaron las clases dirigentes de Occidente para alejar a sus trabajadores de las alternativas revolucionarias que parecían crecer en la inmediata postguerra. Esas concesiones a los trabajadores occidentales socavaron políticamente a los países socialistas, alejando aún más a sus poblaciones de objetivos que eran cada vez más declamaciones vacías de contenido real. Una vez que el socialismo se disolvió, las clases dirigentes de las potencias capitalistas profundizaron su ataque al estado de bienestar, batalla que había comenzado una década antes, con el advenimiento del neoliberalismo de Margaret Thatcher y Ronald Reagan.

La salida elegida por la Unión Soviética y Europa Oriental fue la disolución inmediata del sistema socialista (y el parcial desmembramiento territorial en el caso de la URSS), con un elevadísimo costo social, que sólo se comenzó a revertir en Rusia a partir del ascenso político de Vladimir Putin en el año 2000.

Los esfuerzos revolucionarios increíbles que se desplegaron en el siglo XX pueden haber logrado portentos, pero la negativa a participar de la revolución socialista del proletariado de los países centrales, el corazón del sistema, deja sin chances, setenta años después, a la primera experiencia socialista del mundo. El gran drama comenzó a desplegarse cuando esa chispa revolucionaria no pudo encender una pradera que parecía seca y pronta a arder, pero que no lo estaba.

Este primer gran round del Siglo XX lo ha terminado ganando el capitalismo, y en su fase de dominio del capital financiero está avanzando sobre las áreas del planeta donde aún no se han desarrollado las relaciones capitalistas, ya sea porque se están desmantelando relaciones socialistas, o primaban relaciones precapitalistas, más primitivas. En su desarrollo actual, sin la oposición de un campo socialista que pudiese haber derivado en ejemplo a seguir por el resto del mundo, las relaciones económicas y de dominación en general se desnudan gradualmente de sus elementos cosméticos, imponiéndose sin anestesia. Esa falta de límites ya ha dado su primer gran aviso con la crisis que estalló en 2008. No es una crisis terminal, ninguna lo es si no existe un sujeto social que la concluya, y como tal se fue resolviendo sobre el sufrimiento de millones. Pero se repetirá y seguirá llevando el sistema mundial hacia contradicciones cada vez más acusadas.

Las investigaciones históricas de Marx y Engels dedujeron correctamente la forma en que avanza esa realidad social contradictoria, siguiendo el hilo del desarrollo de las fuerzas productivas y las oposiciones de las clases que ese desarrollo produce. El método materialista histórico es la llave de comprensión de la dinámica social tanto a nivel nacional como mundial. Sin esa base es imposible entenderlo. Sólo con ella tampoco.

El hecho que algunas de las previsiones de Marx no se hayan cumplido no autoriza a dar un cheque en blanco al sistema capitalista. Existen contradicciones nuevas sin haberse resuelto las anteriores. La clase obrera de los países capitalistas desarrollados mejoraron fuertemente su situación económica y ello la alejó de planteos revolucionarios, lo que

no elimina las contradicciones pero explica la actitud política, inclusive la actitud xenófoba de fracciones significativas de trabajadores norteamericanos y europeos. La explotación de un conjunto de países capitalistas sobre el resto del mundo de alguna manera asoció a estas clases obreras a los beneficios de sus burguesías, cambiando el eje de la contradicción fundamental. Hubo cambios importantes en la composición de las sociedades. En los países centrales el porcentaje de obreros industriales cayó a un 8 a 12 % de la población activa, por incremento de la productividad pero fundamentalmente por migración de las industrias al Asia. Las concentraciones de obreros industriales más elevadas se encuentran ahora en China. Son esas nuevas clases obreras que despliegan su fuerza de trabajo en los confines del Asia, las que inundan a Occidente con sus mercancías baratas, derribando con ellas “las murallas chinas” de las condiciones de trabajo en Estados Unidos, Europa y el resto del mundo. Ello genera nuevas contradicciones, no sólo las contradicciones que Marx indicó entre proletariado y burguesía en Europa, sino que se han añadido hace muchos años las contradicciones entre los países imperialistas o hegemónicos sobre el resto del mundo y desde hace una generación se suman a esas contradicciones la irrupción del elemento disciplinador que es la competencia asiática sobre los mercados de trabajo de Occidente y el resto del mundo, y las contradicciones de las nuevas clases obreras asiáticas con sus burguesías nativas. Los límites a este esquema de acumulación pueden venir por aquellas contradicciones pensadas por Marx y las posteriores, combinadas las unas con las otras.

Barruntamos que sus límites se encontrarán cuando el desarrollo de sus fuerzas productivas alcance el techo o chaleco de fuerza de la capacidad del mundo para soportar esa explotación de recursos y las consecuencias derivadas del deterioro del medio ambiente. Las contradicciones de clase sumadas a las nacionales por la explotación de los trabajadores del tercer mundo y las guerras por los recursos naturales decrecientes de esos países tendrán expresiones diferentes a las que hemos experimentado hasta el presente. *Tan diferentes que da escalofríos imaginarlas.*

(*) *Sociólogo (UBA 1967) y Economista Político (UBA 1970)*

Ex Profesor de Historia Económica (FCE UBA)

Comisión de Economía de Carta Abierta (<https://www.cartaabierta.org.ar>)

EPPA - Economía Política para la Argentina (<https://eppa.com.ar>)

BIBLIOGRAFÍA

Borón, Atilio – compilador: La teoría marxista hoy – Clacso Libros – Buenos Aires - 2006

Deutscher, Isaac: Ironías de la Historia – Ediciones Península – Barcelona – 1966

Deutscher, Isaac: Trotsky (Trilogía) – Ediciones Era – México – 1969

Deutscher, Isaac: Stalin, Biografía Política (1949) – Ediciones Era – México - 1965

Fontana, Josep: Por el bien del imperio, Editorial Pasado y Presente – Barcelona - 2011

Gorbachev, Michail: Perestroika – Ediciones B Grupo Z – Barcelona - 1987

Hobsbawm, Eric: Era dos Extremos – O breve século XX (La era de los extremos, el breve siglo XX) – Companhia das Letras – Sao Paulo - 1994

Hobsbawm, Eric: Sobre la historia – Crítica – Barcelona - 1997

Hobsbawm, Eric: Años interesantes, una vida en el siglo XX – Crítica – Barcelona - 2002

Hobsbawm, Eric: Como cambiar el mundo – Crítica – Barcelona - 2011

Lukács, Giorg: Historia y consciencia de clase – Editorial Grijalbo – México – 1969

Kolakowski, Leszek: Las principales corrientes del marxismo (Tomo I, Los fundadores, 1976, Tomo II, La edad de oro, 1977, Tomo III, La crisis, 1978) – Alianza Editorial – Madrid - 1985

Luxemburgo, Rosa: La Acumulación del Capital (1912) – Editorial Tilcara – Buenos Aires - 1963

Maddison, Angus: The World Economy, A Millennial Perspective – OECE – Internet 2001

Marx, Karl y Engels, Frederich: Manifiesto del Partido Comunista (1848), y Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política (1859). Obras Escogidas, Tomo I – Ediciones en Lenguas Extranjeras – Moscú – 1955.

Marx, Karl: El Capital (Primera edición en alemán Tomo I: 1867, Tomo II: 1885, Tomo III: 1894) – Editorial Cartago – Buenos Aires – 1965

Molinero, Jorge: Los Pensadores. Rosa Luxemburgo. 2017. Recuperado de <http://www.iade.org.ar/noticias/la-vigencia-de-rosa-luxemburgo>

Molinero, Jorge: Capital Financiero y Potencias Emergentes. Revista Realidad Económica Nro. 324. Julio 2019.

Miliband, Ralph: Socialismo para una época de escépticos – Siglo XXI Editores – México – 1994

Preobrazhenski, Eugenio: La Nueva Economía (1926), Ediciones Ariel – Barcelona – 1970

Rossanda, Rossana - coordinadora – Poder y Oposición en las Sociedades Postrevolucionarias – Editorial Laia – Barcelona – 1980 – Incluye distintas intervenciones de disidentes y marxistas occidentales, reunidos por la organización “Il Manifiesto” en Venecia, Noviembre de 1977.

Thwaites Rey, Mabel – compiladora: Estado y Marxismo, un siglo y medio de debates – Prometeo Libros – Buenos Aires - 2007